

LA REFORMA MÁS NECESARIA

Dr. D. Ignacio BUQUERAS Y BACH.

Académico de Número de la Sección de Humanidades de la Real Academia de Doctores de España.

Considero que todos somos conscientes que nuestra sociedad necesita con urgencia muchas reformas para corregir, de una vez por todas, los graves desequilibrios que la crisis ha puesto en evidencia.

La reforma previa a todas las reformas, porque afecta en su vida diaria a los 46 millones de españoles, es la de los horarios: la que nos lleve a hacer un mejor uso del tiempo. Para ello es preciso que racionalicemos nuestros horarios para normalizarlos con los de los demás países de la Unión Europea, de la que formamos parte, y dejemos de ser una singularidad.

Debemos avanzar, sin demora, hacia una España potente, prestigiada, productiva, con una prioridad absoluta en políticas consensuadas para la conciliación de la vida personal, familiar y laboral, de igualdad entre el hombre y la mujer. Es preciso impulsar una sociedad donde el humanismo y la calidad de vida ocupen un lugar preferente en nuestra escala de valores.

España requiere una profunda modernización que sólo será posible si adoptamos unos horarios racionales y flexibles, que nos lleven a una mejor distribución y a un mayor aprovechamiento de las veinticuatro horas de cada día.

Es el momento de acabar con una singularidad que nos perjudica de manera

notoria. No es justo que muchos españoles estén insatisfechos porque permanecen en el trabajo un tiempo excesivo y, sin embargo, no se sienten realizados, ni resultan rentables para sus empresas. Españoles agotados porque no descansan lo suficiente; agobiados porque no ven a su familia ni a sus amigos... y enfadados ante la asfixiante rutina del día a día.

Nuestros desequilibrados horarios nos perjudican a todos, pero muy especialmente a las mujeres y a los menores. Uno de los motivos que mantienen esta situación, y están retrasando el cambio preciso, es que aún son demasiados los hombres situados en lugares clave; hombres que por educación, inercia o egoísmo se resisten a lo que la razón aconseja.

La irracionalidad de nuestros horarios es responsable de muchos de los males que hoy padece España. Por ejemplo, nuestra baja productividad causada por la existencia de prolongadas jornadas de trabajo, agotadoras hasta la extenuación y muy poco útiles, que dan origen al endeudamiento y al déficit. Nuestra economía pierde competitividad año tras año, por lo que la brecha que nos distancia de Europa y Estados Unidos se agranda sin cesar.

Para elevar la productividad hay que optimizar el tiempo y trabajar de forma más eficiente y flexible. Lamentablemente, en España impera el 'presentismo' como mérito: muchos trabajadores no abandonan el puesto antes de que lo hagan sus superiores. En otros países, alargar la jornada laboral manifiesta la ineficacia del empleado que no es capaz de realizar correctamente sus tareas en el tiempo asignado.

Hemos de sustituir esta cultura de la presencia por una cultura de la eficiencia,



CRISIS ECONÓMICA Y DE VALORES

que logre la excelencia. Sólo así las empresas españolas podrán ser competitivas en el complejo y globalizado mundo actual. Para ello hay que cumplir objetivos, y no rellenar horarios; terminar con la impuntualidad; erradicar las reuniones a horas inapropiadas y sin fijar el momento de su finalización; sustituir los almuerzos de trabajo por desayunos, más breves y económicos...

Asimismo, nuestros horarios dificultan gravemente la conciliación de la vida personal, familiar y laboral, con las nefastas consecuencias que de ello se derivan. En efecto, cuando la jornada se prolonga repetidamente hasta la noche, un día sí y al otro también, las personas se vuelven irritables, menos comprensivas con los intereses de su empresa, más propensas a sufrir accidentes laborales y de tráfico, y con evidentes riesgos para su salud. Recordemos que en España el estrés supone, después de la gripe, el principal motivo de absentismo en el trabajo.

El futuro de nuestro país pasa por unos horarios más flexibles y racionales, y por la aplicación de buenas políticas de conciliación, ajustadas lo máximo posible a las necesidades –personales, familiares, sociales– de cada empleado, y a sus deseos de realizarse no sólo en el trabajo, sino también en el ámbito privado.

Lo necesitan las empresas para reducir el absentismo, mejorar el rendimiento, propiciar un buen clima laboral, y rebajar la tasa de rotación. Lo necesitan los trabajadores, porque quieren estar motivados y que se les considere personas. Y lo reclama a gritos la institución familiar, que saldrá fortalecida si todos le dedicamos más tiempo.

La importante 'Encuesta de Infancia en España 2008' (Fundación SM, Universidad

Pontificia Comillas-ICAI-ICADE y Movimiento Junior) mostró unos datos muy preocupantes: Más del 26% de los niños de 6 a 11 años, y del 19% de los preadolescentes de 11 a 14, sienten soledad en el hogar. El 17% de los menores, tras pasar la mañana en el centro educativo, no ven a sus progenitores en toda la tarde. Y el 3% cenan sin la presencia ni del padre, ni de la madre.

¿Es ésta la España que queremos? ¿Una España líder en baja natalidad; con un elevado índice de rupturas matrimoniales y por debajo de la media de los países desarrollados, según el último informe Pisa, que mide el nivel educativo de los estudiantes de 15 años? Entiendo que no. La presión de los ciudadanos, que se sienten insatisfechos con nuestros actuales horarios, hará posible su cambio; lo que contribuirá decisivamente a lograr una España mejor para todos.

No perdamos esta oportunidad. Es un reto en el que todos debemos responsabilizarnos; pero también hemos de exigir a nuestros gobernantes, políticos, líderes empresariales, sindicales y sociales, a los responsables de las televisiones públicas y privadas, y a los representantes de la sociedad civil..., hoy mejor que mañana. La Comisión Nacional para la Racionalización de los Horarios Españoles está propiciando 5 Grandes Pactos Nacionales.

Los programas de los partidos políticos en las próximas elecciones deben marcar el reencuentro con nuestros horarios de hace setenta u ochenta años, que eran similares a los del resto del Viejo Continente. Eso conseguirá la normalización de nuestros horarios con los demás países de la Unión Europea.